

Notas del mes

El Premio Nobel

En dos grandes escritores de este tiempo ha recaído el Premio Nobel correspondiente a los años de 1949 y 1950. Ellos son, William Faulkner y Bertrand Russell, respectivamente. Hombres de mentalidad y sensibilidad diferentes, en su manera de enfrentarse con los problemas del pensamiento y del arte, se han elevado por distintos caminos hasta obtener la culminación de su carrera en una máxima consagración a su talento.

William Faulkner, nacido en el Estado de Mississippi, que es una de las regiones de la Unión que guarda con mayor fidelidad las tradiciones y costumbres de la época en que se formaron sus grandes ciudades e industrias, Faulkner representa, en cierto modo, al escritor empapado en los motivos autóctonos. Sus novelas rememoran la tragedia de la esclavitud, y en muchas de ellas está palpitando el dolor de la raza negra. Historias que evocan la grandeza y decadencia de las familias de blancos que fueron a establecerse en esas tierras, le han dado tema a Faulkner para trazar en las páginas de sus novelas, la sensación más vívida y auténtica de los diversos acontecimien-

tos que se desarrollaron en ese Estado, que como los demás del sur, habían seguido manteniendo en sus industrias y plantaciones el mismo criterio colonial, que fué el que les impulsó a oponerse a la abolición de la esclavitud dando lugar a una sangrienta guerra civil.

«Santuario» y «Luz de Agosto», así como «Las Palmeras Salvajes» son acaso las obras más conocidas de Faulkner en nuestro idioma, porque en ellas se refleja esa realidad que el autor conoció desde niño. Sus cuentos son famosos en los Estados Unidos, y poco divulgados en castellano. Faulkner, que a veces nos parece amargo y desdeñoso, nos da, sin embargo, a ratos, en un rasgo, la sensación del artista conmovido por la dura realidad que le ha tocado presenciar. En su manera de narrar, que pudiera creerse fría a ratos, hay, sin embargo, un hondo patetismo, que nos descubre las fibras más íntimas de su sensibilidad. No cabe duda que por su calidad estética y por el vuelo magistral de sus creaciones, es Faulkner una de las figuras literarias contemporáneas de mayor relieve, que viene a sumarse a la lista de los que ya obtuvieron la apetecida y consagratoria distinción que la Academia de Estocolmo le acaba de conferir.

Inglés de nacimiento y formado en las disciplinas de Cambridge, Bertrand Russell comienza a destacarse a comienzos del siglo, en los dominios de la filosofía. Poseedor de un sólido bagaje científico y con un acervo de conocimiento histórico del desarrollo de las ideas y de la moral, su obra marca una etapa significativa de renovación ideológica que viene a amagar las viejas doctrinas sociales. Su amor a la libertad y su inquietud por investigar los problemas educacionales y sexuales, dan a su personalidad una fiso-

nomía bien definida que le conquista no pocos adversarios. La vieja y la nueva moral sexual son examinadas por el filósofo de Cambridge con un criterio severo y desprejuiciado, que en el ambiente de tolerancia de la vida inglesa comienza a ser valorizado hasta que se le llega a justipreciar en todo su alcance.

Cuando va a vivir a los Estados Unidos, sufre en los comienzos de su actuación en ese país, un período de incomprensión que le causa algunos descalabros como maestro universitario. Pero esto no afecta en lo íntimo la reciedumbre de su espíritu, poseedor de fuertes convicciones acerca de la libertad del pensamiento, como base enaltecedora de la condición humana. La primera guerra europea de este siglo trae un cambio notable en la sensibilidad y en la moral, que favorece los puntos de vista y los fundamentos de las ideas de Bertrand Russell con respecto a la libertad del pensamiento. En la pureza de su ideario y en la maciza arquitectura de su obra que en el último tiempo alcanza inusitadas proyecciones, el filósofo de Cambridge, ya superada la etapa de las luchas y dificultades, y, en el pleno goce de una nominación de primera categoría, recibe el Premio Nobel, que le da el brillo oficial a sus merecimientos.

El poeta del Maule

Acaso con la frente inclinada, meditando en la suave trayectoria de su existencia, o quizá si con los ojos perdidos en las azules lontananzas del ensueño que siempre arrulló su corazón, se ha extinguido para siempre ese hombre que se llamaba Jorge González Bastías y era el bucólico y dulce poeta de las tierras pobres del Maule.